

Lo que no podemos las criaturas, lo puede el Creador.

El Padre y el Hijo se aman, y su amor se expresa no por palabras, no por cánticos, no por gritos apasionados, porque, como dice el P. Monsabré, cuando el amor ha llegado al grado supremo, el amor no habla, no canta, no grita, se exhala en un soplo ardiente, en que el alma pasa toda entera.

El amor de Dios es un soplo, *spiritus*; pero es un soplo castísimo al que nada se mezcla de impuro, ni de manchado: es un soplo santo, *Spiritus Sanctus*.

El nuestro pasa: el de Dios subsiste, vive, es una persona.

¿Cómo se verifica esto?

No lo sé, responde San Agustín, no puedo decirlo, soy insuficiente para tan ardua tarea: *nescio, non valeo, non sufficio*.

Lo que sabemos, porque Cristo lo ha dicho, es que el Espíritu Santo subsiste, que es el amor sustancial y consustancial, que es el lazo que une al Padre y al Hijo, al mismo tiempo que están ligados por la generación.

Tales son las tres personas que constituyen la

familia divina: la esencia las unifica, el origen y las relaciones las hacen diversas: esas tres personas son una, *Et hi tres, unum sunt*.

PRERROGATIVAS DE LAS PROCESIONES DIVINAS.

Las tres personas que existen en Dios, son eternas igualmente.

El Padre engendra al Hijo, y sin embargo, no es posterior al Padre.

En las cosas que proceden de un principio, la producción es posterior al principio, ó por razón del agente ó por parte de la acción.

Los agentes son voluntarios ó naturales.

El agente voluntario es primero que su producción, porque estando en su libre albedrío elegir la forma que ha de dar á su efecto, lo está igualmente en ella elegir el tiempo en que debe producirlo.

Esta libertad del agente voluntario, hace que él sea primero que el efecto que produce.

En los agentes naturales, la producción es pos-

terior al agente, porque éste no recibe, inmediatamente que existe, la perfección de la virtud natural para obrar: la adquiere después de cierto tiempo.

Así sucede en el hombre, por ejemplo: no recibe al nacer la virtud de engendrar en su perfección: se necesitan algunos años, se necesita que llegue á la pubertad, para que esa virtud ó esa potencia llegue á su perfección, esté en aptitud para producir su efecto.

La deficiencia, por lo mismo, en el agente natural, la necesidad que tiene de esperar el momento en que su facultad generadora quede perfecta, hace que el agente sea primero que su productor.

La acción generadora hace también que el agente sea primero que su productor. La acción del agente tiene que ser sucesiva.

En consecuencia, si el agente en el mismo instante que existe comienza á usar de su facultad generadora, no produce su efecto en el mismo instante, sino en el instante en que su acción concluye.

Estas son las únicas causas por las cuales un agente tiene que ser primero que su producto.

El Padre engendra al Hijo, no por voluntad, sino por naturaleza.

La naturaleza del Padre desde el momento que existió—y ha existido siempre—fué una naturaleza perfecta; no tenía deficiencia en su facultad generadora, no tenía que esperar el advenimiento de esa potencia.

Si hubiera tenido que esperar no sería el primer ser, no sería Dios, no sería un acto puro: tendría algo en potencia, no en acto: este Dios no se concebiría.

Si, pues, como hemos demostrado, Dios es el primer Ser, todo acto, nada en potencia, evidente es que su naturaleza tuvo, desde la eternidad, una perfección completa; tuvo la facultad de engendrar.

Si, pues, desde la eternidad, que es el momento de su existencia, tuvo esa facultad, si no tuvo deficiencia alguna, no hay razón para que el Padre, por este motivo, sea primero que el Hijo, que es su fruto.

Tampoco la acción generadora del Padre es sucesiva: en Dios no hay tiempo.

Claro es, entonces, que la acción no retarda su producto, y de consiguiente, por parte de la

acción generadora, el Padre no es primero que el Hijo.

Es, entonces, evidente que el Hijo es de la misma edad que el Padre, es coeterno con el Padre, y como el Espíritu Santo es la expresión sustancial del amor del Padre y del Hijo, el Espíritu Santo es tan eterno como ellos.

La primera prerrogativa, en consecuencia, de las procesiones divinas, es una maravillosa eternidad.

La segunda prerrogativa, no es menos admirable.

Los frutos benditos, dice el Padre Monsabré, de la vida de Dios siempre permanecen en él: las vicisitudes del movimiento no pueden ni separarlos de su seno, ni llevarlos lejos de él.

La agua del río se aparta de su origen, el rayo del sol se extravía en los espacios, el fruto del árbol cae á la tierra, el infante abandona el seno de la que le ha concebido: su madre podrá aún tomarlo entre sus brazos, estrecharlo contra su corazón, pero ya no volverá á habitar el santuario protector en que fué tan amado.

En el verbo humano, el pensamiento del hombre permanece en él; pero algunas veces se ocul-

ta; el amor queda también en el corazón, pero muchas veces languidece.

Al contrario, las procesiones inmanentes de Dios, las tres personas que en él viven, se penetran para no romper jamás la unidad del ser Divino.

Y, sin embargo, esta unidad no es la soledad, y la sociedad de las tres personas subsiste sin composición ni división.

La misma é inseparable naturaleza pertenece al Padre, al Hijo y al Santo Espíritu.

En esa misma naturaleza están los tres sin confundirse, ni mezclarse, ni contenerse.

El Padre, guarda en sí mismo al Verbo, palabra que pronuncia; el Verbo contiene en sí al Padre, que se ha hablado á sí mismo; el Padre y el Verbo guardan en ellos el soplo divino que procede de su amor; el Espíritu Santo une en sí los soplos de amor de que procede.

¡Oh maravillosa unidad!

En el orden humano, la generación nunca es enteramente pura.

La flor, dice el Padre Monsabré, no puede llevar su fruto sin perder su virginidad; la mujer pudorosa, sacrifica un santo privilegio á los ho-

nores de la virginidad; el verbo humano, el pensamiento no nace sin tocar formas inteligibles de donde vienen las ideas.

Aun para amar, se necesita el soplo de un corazón que conmueva á otro.

“Yo no puedo pensar sin fatiga, continúa el Padre Monsabré, yo no puedo amar sin inquietud: ysi quiero pensar mucho, mi fatiga es una fiebre, y si quiero amar mucho, mi inquietud es una agonía.”

No sucede así en la vida inmaculada de Dios: ella toma en sí misma el poder de fecundarse; nada le viene en su ayuda, nada le hace perder su virginal pureza: concibe sin movimiento, da á luz sin trabajo, ama sin turbación: sus procesiones tranquilas consumen su belleza sin alterar su reposo.

La vida inmaculada de Dios es, según la hermosa palabra de San Gregorio, la más bella y la primera de las vírgenes: *prima virgo trias est*.

La maravillosa pureza, es la tercera prerrogativa de las personas divinas.

Jamás el hombre realiza su obra, tal como la concibe.

Muchas veces la palabra no expresa la hermosura del pensamiento tal como se ha brotado en el alma.

Otras, el pincel no obedece á delinear con precisión la imagen que el artista ha concebido en su mente.

Casi nunca el poeta expresa en su cadencioso acento, la pasión que en su alma siente.

Estas deficiencias no se realizan en la vida divina.

El Ser Eterno, al pronunciar su palabra, expresa en ella su ser mismo con toda su belleza.

El amor del Padre y del Hijo, produce una belleza igual á ellos mismos.

Tal es el cuarto carácter de las procesiones divinas: belleza maravillosa.

El misterio no se comprende: la razón humana, sin embargo, lo concibe.

LA TRINIDAD DE PERSONAS EN DIOS Y LA RAZÓN HUMANA.

La vida íntima de Dios es el misterio de una actividad infinita, que hace subsistir tres personas distintas en una sola y misma naturaleza sin dividirla.

La unidad respeta al número y el número no